

# Memoria de mosquito

Juan Carlos Orrego Arismendi

El único atributo que me correspondió por herencia genética fue la buena memoria, tan común entre mis tíos maternos que, si les hubiera sido concedido distinguirse con un escudo heráldico, sin duda habrían puesto en él la figura de un elefante. Más allá de eso, no tuve mucha suerte: soy el más bajo en una familia de hombres altos y soy tan miope como era mi padre, sin importar que —según se oye por ahí— ese mal se transmita de padres a hijos de sexo contrario. Mi hermana es miope, como debía ser, pero, por desgracia, yo lo soy mucho más que ella.

4 Alguien ha dicho que la buena memoria es la inteligencia de los tontos. Supongo que el autor de semejante máxima es o fue un desmemoriado impenitente, incapaz de recordar la fecha de cumpleaños de su mujer, lo cual lo habrá puesto en los peores aprietos una vez al año, y de ahí su recelo bilioso. Por mi parte, lo único que sé —porque ignoro qué diablos sea la inteligencia— es que mi buena memoria, al regalarme datos con total generosidad, me ha permitido ganarme la vida zurciendo discurso día tras día, ya se trate de las clases que imparto en la Universidad de Antioquia, de los libros que leo y reseño o de los artículos y relatos que logro ubicar en las revistas y periódicos que dirigen mis amigos. A un lado de esos menesteres, me dan la razón unos versos que, aunque plasmen una verdad de Perogrullo, cuentan con la rúbrica de Fernando Pessoa: “Más vale, si la memoria es / cuanto tenemos, / acordarse de mucho que / de poco”.

Con todo, hay algo extraño en mi buena memoria, y es que quizá no sea un mérito. Lo explicaré con un ejemplo. No hace mucho, al

mirar el calendario y ver en él, exhibida, la fecha del 26 de junio, recordé de inmediato dos cosas: que el 26 de junio de 1541 fue asesinado a cuchilladas, en Lima, Francisco Pizarro; y que el 26 de junio de 1983 fui al estadio por primera vez, donde vi un partido que el Medellín le ganó 2-0 al Quindío con goles de Carlos “La Fiera” Gutiérrez y Jorge Olaechea, el primer gol convertido —si no me engaño— al minuto 5 del primer tiempo. Cada vez que digo cosas como esas, quienes están conmigo se sorprenden y llegan a palmearme el hombro en señal de admiración. Pero lo cierto es que yo no he hecho nada para merecer semejante tratamiento: tan solo me ha invadido una iluminación, una imagen o un número, y lo único que he hecho voluntariamente ha sido alardear de ello. En otras palabras: en la manera como yo recuerdo las cosas, hay menos talento que jactancia reprensible. Mi memoria es autónoma y regurgita sus jugos más allá de mi voluntad, y, de hecho, en contra de ella: incluso si yo quisiera no acordarme de algo, no podría evitarlo, de la misma manera que no puede evitar leer aquel que ya sabe hacerlo. Mucha sabiduría hay en la frase inicial del narrador del *Quijote* sobre el lugar de La Mancha de cuyo nombre no quisiera acordarse: no querría hacerlo, pero lo cierto es que lo recuerda, así no lo diga.

Sospecho, sin embargo, que el modus operandi de la buena memoria no es universal. Por lo menos, mi manera de recordar no es la misma de mi hija mayor, quien, además de ser miope —era su destino—, posee una memoria prodigiosa. Alguna vez, mientras paseábamos en familia por las calles de Apartadó, mi esposa advirtió, frente a un cajero electrónico, que no tenía su tarjeta débito. Alarmada, confió su

última esperanza a la memoria de la niña: “Laura, ¿yo tenía la tarjeta cuando saqué la billetera en el aeropuerto?”. Entonces nuestra hija puso su palma derecha frente a ella, como si fuera una billetera, y luego, muy concentrada, la recorrió con su índice izquierdo, de modo tal que parecía estar revisando los compartimentos de un objeto imaginado. Acabado el examen cerró los ojos un segundo y, al abrirlos, dijo de modo contundente: “No. No la tenías”. Efectivamente, luego comprobamos que la tarjeta se había quedado en casa. Bien se ve que, para Laura, no se trató de una iluminación involuntaria: para ella, se trató de hacer unos movimientos específicos, algo así como pases mágicos, y luego esforzarse en la revisión de una imagen invocada. Allí sí hubo mérito.

Otras formas de la memoria pertenecen a la ficción. La más *memorable* corresponde al caso de Ireneo Funes, el joven provinciano que, en un cuento de Borges, podía recordar cada hoja de un árbol que había visto, así como cuántas veces la había visto. Su forma de recordar era ser ocupado, todo el tiempo, por un número absurdo de ideas o imágenes perfectamente diferenciadas, hasta el punto de no tener espacio para pensar: “Mi memoria, señor, es como vaciadero de basuras”, decía. Pero como su capacidad de recuerdo bebía de una percepción agudizada hasta el absurdo, no solo lo que había en su cabeza sino, también, lo que veía en el mundo, se manifestaba en multiplicidad y con nitidez inimaginables. El presente era, para él, “casi intolerable”, aunque, para su suerte, murió a los 19 años. Mucho más tiempo ha vivido Carry Wells, la protagonista de la serie policiaca televisiva *Unforgettable*, pero quizá porque su don es menos abrumador que el de Funes: lo que ella hace es recordar un cuadro quieto y completísimo de escenas ya vividas, y al que puede volver para mirarlo todo de nuevo y rescatar los datos que le piden recordar. Bien se ve que mi buena memoria no pasa de ser una caricatura de los prodigiosos atributos de Funes, mientras que la de Laura supera en esfuerzo la facilidad epifánica de Carry Wells.

Entender que las memorias desmesuradas solo existen en la ficción no implica negar que, a pesar de la jactancia de la precisión, incluso una memoria buena es vulnerable a las trampas de la ficción. No hay memoria que no invente algo en sus recuerdos. Mi hermano, tan memorioso como yo, alega que el gol que Amín Bolívar le marcó a Nacional el 20 de noviembre de 1983 — un gol venturoso con que Junior derrotó al equipo verde en su propio estadio, y que apenas tardó 14 segundos — fue convertido en la portería del lado izquierdo de la pantalla del televisor, esto es, en la portería norte; yo sostengo que fue en la portería sur, sin que hasta ahora hayamos podido ponernos de acuerdo. Igual sucede con una conversación que tuvo lugar en la cocina de la casa de mi abuelo, en Bello, el 17 de diciembre de 1986, y en la que yo lancé un chiste atómico a propósito de las calaveradas de un tío. Pues bien, mi hermano sostiene que Kiko — el tío — recibió la andanada mientras estaba parado junto a la poceta, a un lado del solar, pero yo estoy seguro — o por lo menos me parece — que Kiko estaba sentado junto a mí, en un pequeño taburete de vaqueta que había junto al baúl de los granos. En conclusión: en cada caso, uno de los dos — mi hermano o yo — es víctima de un recuerdo apócrifo, sin importar que cada uno se tenga a sí mismo por buen recordador; de hecho, cabe la posibilidad de que en el *affaire* Kiko nos engañemos ambos y que él no estuviera en ninguno de los dos lugares señalados por nuestras respectivas hipótesis; quizá andaba en la calle, haciendo de las suyas.

A riesgo de caer en las trampas de una memoria maliciosa, varias veces en mi vida he jugado a recuperar mi recuerdo más antiguo. Creo haber dado ya con él: es del 10 u 11 de septiembre de 1977, esto es, de cuando yo tenía poco más de tres años y medio. Acababa de nacer mi primo Juan Esteban y mi mamá me llevó a la Clínica León XIII para que lo conociera. No recuerdo nada del viaje en bus ni de la logística de la visita sino, en concreto, esta única



Óscar Muñoz. *Paístiempo*. Pirograbado sobre papel periódico. 33 x 56 cm. c/u. 2007

imagen: hay un bebé minúsculo acostado en el fondo de una cuna tan honda como una alberca, y la sábana que cubre el colchón es de color rosado. Me consta haberlo *visto*, por más que ahora sepa que una cuna no puede ser tan honda y que los recién nacidos no pueden ser tan pequeños. Lo que no sé si recuerdo o si solo me lo contaron como ocurrido —eso es lo que sospecho— fue la conversación que tuve con mi papá apenas llegamos de la clínica: “¿Cómo te pareció el primito?”, preguntó él, y yo contesté: “Un mosquito”. Esta conclusión entomológica es lo más significativo de la historia, pues un primer recuerdo borroso de los tres años y medio de edad no impresiona a nadie: mi esposa, quien jamás se las ha dado de memoriosa, tiene la impresión de que la primera vivencia que recuerda corresponde a cuando tenía dos años; por lo demás, es verosímil que se acuerde del suceso: una tía la llevó al estudio de un fotógrafo y la montó, por primera vez en su vida, en unas escaleras eléctricas.

La buena memoria no será falsa inteligencia, pero quizá tampoco sea un mérito. Se me ocurre que no es otra cosa que un rasgo posible —ni bueno ni malo— de la condición humana: un rasgo propio de quien, por estar obsesionado con la idea de tener buena memoria, atesora con usura o inventa con candidez las evidencias que necesita para mantener viva esa convicción; para no olvidar que tiene buena memoria.

**Post scriptum.** Di a leer estos párrafos a mi esposa para conocer su opinión literaria. No tuvo problema con el estilo, pero me señaló, enfáticamente, una imprecisión: en Apartadó, Laura no pasó el dedo sobre su mano vacía sino sobre la billetera real, la cual pidió a su madre para poder invocar, lo más completa posible, la escena del aeropuerto. Sobran los comentarios a este lapsus.

Juan Carlos Orrego Arismendi, profesor de la Universidad de Antioquia.